

CHARLES R. SOLOMON

de

RECHAZAMIENTO

a

ACEPTACION

por el camino
de la cruz

SOLOMON PUBLICATIONS

P.O. Box 6115

Sevierville, TN 37864

www.solomonet.net

email: chuckgfi@aol.com

PRIMERA PARTE

LAS ENTRADAS O EL SÍNDROME DEL RECHAZO

de RECHAZAMIENTO a ACEPTACIÓN

Las Entradas o el Síndrome del Rechazo

PREFACIO DE LA PRIMERA PARTE

El autor ha descubierto que las personas que tienen problemas mentales/emocionales generalmente no han visto satisfechas en su infancia sus necesidades de amor y afecto, y el efecto ha continuado en sus vidas adultas. El comportamiento de dichas personas se ajusta a varios patrones predecibles que se presentan en esta primera parte bajo el título, El Síndrome del Rechazo. Puesto que la necesidad de amor y aceptación es universal, los principios expuestos son de aplicación para todos aquellos cuyas necesidades no han sido satisfechas.

Los comportamientos ilógicos y extraños tienen sus raíces en una necesidad interior que generalmente puede estar unida al hecho de que las necesidades amorosas no han sido satisfechas. Incluso aquellos que tienen padres amorosos y que les aceptan pueden no sentirse seguros de ser amados de una manera que les dé seguridad y que por tanto les haga posible triunfar en la vida.

Los síntomas con los que las personas vienen a la consejería son cosas como conflictos conyugales, problemas emocionales, aberraciones mentales, problemas de adolescentes, insatisfacciones vocacionales y muchos otros. Casi invariablemente se confunde el síntoma con el problema y puede que la persona haya pasado veinte o treinta años con poco más que un alivio de los síntomas. La ayuda que él/ella busca normalmente es del tipo de consejería matrimonial, consejería vocacional o terapia psicológica o psiquiátrica.

Este libro, junto con *Hacia la Felicidad* del mismo autor, se ha escrito para ayudar a que los que sufren depresión, soledad, desánimo, derrota o síntomas mentales y emocionales más serios, entiendan la causa y para proporcionar una respuesta satisfactoria y duradera. Para evitar la repetición, el material de *Hacia la Felicidad* no se ha incluido en el mismo. *Hacia la Felicidad* es una introducción a la Espirituterapia, un enfoque de consejería centrado en Cristo (en adelante Cristocéntrico) que puede entenderse y compartirse con

otros sin necesidad de educación superior oficial. Entender el material contenido en él, es un prerrequisito para aprovechar todo lo beneficioso de este libro.

El rechazo es un síntoma que proviene de la vida centrada en uno mismo (en adelante autocéntrica), que es el problema raíz. Los enfoques convencionales de consejería y terapia tienen como objetivo el fortalecer al individuo, ayudándole a enfrentarse consigo mismo y con su situación en la vida. El individuo, estimulado por una “persona que le ayuda” busca objetivos tales como la autoconfianza, la autorrealización y la autoactualización. Aunque mediante la consejería y la terapia puede haber una disminución de los síntomas, el fortalecimiento de la vida autocéntrica del individuo es contraproducente para su vida espiritual.

Aunque el rechazo o herida que dañó la vida de la persona puede haber sido experimentado a nivel humano, la aceptación que es verdadera y duraderamente sanadora tiene que ser experimentada a nivel espiritual o divino. Tenemos garantía de esto en el versículo bíblico de Efesios 1:6: “Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado”. Puesto que el problema es la vida autocéntrica, queda claro que su tenaza debe ser debilitada—no fortalecida. Juan el Bautista captó esta verdad cuando declaró en Juan 3,30: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. El apóstol Pablo menciona sucintamente este principio en 2ª de Corintios 12: 9-10b: “Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo...porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. Dado que nuestra debilidad da lugar a Su fuerza, se deduce que también es el vehículo para manifestar Su poder. El epítome de la debilidad es la muerte, y ésta es precisamente la manera en la cual la vida y el poder de Cristo son liberados. El versículo que mejor describe este vital principio espiritual es Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy (he sido) juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” La oración del autor es que este principio de muertevida se haga operativo en la vida del lector para que el Señor Jesu Cristo pueda ser glorificado.

UN TRASTORNO PSICOLÓGICO DE PROPORCIONES EPIDÉMICAS

Al trabajar con personas que tienen trastornos mentales y emocionales hay un rasgo que impregna a la mayoría, si no a todos, de los que acuden a la oficina de consejería. Este rasgo se caracteriza por el daño o la alteración de la capacidad de dar o recibir amor y normalmente se localiza en la infancia de la persona y en los progenitores que tuvieron el

mismo problema. Aunque pueda haber existido un cierto tipo de amor en el hogar, el niño sentía cierto grado de rechazo manifiesto o encubierto—por ello, la categorización de los siguientes síntomas puede resumirse bajo el título, el Síndrome del Rechazo.

RECHAZO MANIFIESTO

El rechazo manifiesto se define como el comportamiento obvio o patente que comunica al niño el mensaje de que no es deseado o amado. El rechazo encubierto se produce de maneras sutiles que muchas veces son no intencionadas por parte del progenitor. Por ejemplo, el niño puede percibir como rechazo la muerte de uno de sus progenitores. La sobreprotección también tiende a impedir que el niño se desarrolle con normalidad. Puede llegar a concluir emocionalmente, si no intelectualmente, que no es una persona capaz. Esto le deja sin ninguna manera racional de hacer frente a sus sentimientos de incapacidad. Al haber un desacuerdo entre la mente y las emociones, se dan las circunstancias para que surja el conflicto emocional y el consiguiente comportamiento neurótico. Muchas personas se han sometido a cuantiosa psicoterapia y todavía no entienden el rechazo en sus infancias y el impacto actual en sus relaciones intra e interpersonales.

Capítulo 1

El Rechazo: Una Cosa de Familia

de RECHAZAMIENTO a ACEPTACIÓN

En el desarrollo de una persona desde la infancia en adelante hay necesidades que pueden catalogarse bajo los titulares de fisiológicas, psicológicas y espirituales. Existe un consenso general en cuanto a las necesidades fisiológicas así que éstas no las trataremos. Sin embargo, hay mucha controversia en cuanto a las necesidades psicológicas y espirituales y la manera en la que pueden ser satisfechas. El propósito de este capítulo es delinear los efectos sobre la personalidad cuando el amor falta en el hogar o incluso cuando existe pero no se expresa de una forma que sea significativa para el niño.

Hay muchas razones por las que los padres rechazan a los hijos pero la razón básica y definitiva es el egoísmo, que proviene de sus propias experiencias de rechazo. Esto se manifiesta de muchas maneras. Una de las más comunes es la de los padres que no querían hijos. Puesto que los hijos interfieren con un estilo de vida autocéntrico, su presencia es una irritación y limitación constante. Así que la frustración y hostilidad resultantes se descarga sobre los hijos. Muy rara vez los padres pueden señalar rasgos de personalidad de los hijos que sean suficientes para justificar el rechazo y muchos de estos padres no entienden porqué rechazan a sus hijos. De hecho, muchos incluso niegan que los rechazan. Incluso en el caso del rechazo manifiesto a veces muestran amor cuando no tienen nada que les presione y desean un juguete como querrían una mascota.

El rechazo puede tomar la forma de decirle al niño que es un hijo no deseado o que los padres desearían que nunca hubiera nacido, siendo en ambos casos un rechazo manifiesto. También puede ser un tipo de “guerra fría”, donde los padres muestran poco o ningún afecto porque les resulta imposible expresarlo o no pasan el suficiente tiempo en el hogar para hacerlo. En el último caso, el progenitor puede estar ausente

del hogar constantemente, participando en varias actividades— incluyendo el servicio en la iglesia. Muchos pastores y trabajadores laicos se encuadran dentro de esta categoría dado que se acepta y se considera loable dedicarse “a los asuntos del Padre”. En muchos casos deberían dedicarse a ser padres o madres. Un gran porcentaje de los que sirven en la iglesia o incluso ganan almas puede que lo hagan porque sientan tal

El Rechazo: Una Cosa de Familia

aversión por sí mismos que traten de compensarlo haciendo “buenas obras”, sin tener tiempo para estar en casa y disfrutar con sus familias.

Muchos de los que están muy involucrados en el trabajo de la iglesia tienen profundos problemas sin resolver. A menudo carecen de un sentimiento de aceptación, y por tanto sus motivos para trabajar en la iglesia no son del todo altruistas. Realmente están buscando la aceptación de aquellos a los que “ayudan”. Estas personas usualmente sienten que Dios no las acepta cuando no están ocupadas “sirviendo al Señor”. De esta manera, cuanto más “sirven” para satisfacer sus propias necesidades mientras ministran ostensiblemente a otros, más rechazan a sus familias. Cuando los hijos comienzan a exteriorizar y causar problemas por su comportamiento, la culpa de los padres puede hacer que redoblen sus esfuerzos y se involucren en programas comunitarios para combatir la delincuencia. Así el círculo vicioso va desde el involucramiento personal o huida, al involucramiento en la iglesia, en la comunidad o incluso en actividades políticas y cada paso se traduce en una separación más grande de los hijos y un aumento de la culpa.

Todo el modelo de comportamiento es autoderrotante. Puesto que la persona sale para ganarse la aceptación de otros al servirles, no tiene tiempo para amar a su mujer (lo que considera como una inversión de tiempo que no le produce ningún rendimiento) ni para amar a sus hijos (que son una amenaza más que un gozo). Como sabe que está faltando a sus responsabilidades en el hogar pronto llega al punto de los retornos decrecientes conforme la aceptación que recibe fuera

no es suficiente para compensar la culpa en la que incurre en casa. Por lo que la última condición es peor que la primera. Ha intentado todos los remedios conocidos—refugiarse en la televisión, el dormir, los tranquilizantes, el alcohol, el trabajo o el servicio compulsivo en la iglesia—y todos en vano. El siguiente paso lógico es rechazar a la familia final y legalmente mediante el divorcio e intentar encontrar la felicidad con otro/a compañero/a sólo para repetir el mismo proceso con otra familia.

El círculo vicioso ocurre en menos tiempo en la segunda familia puesto que el cimiento para el segundo matrimonio es el espectro de la culpa por haberse escabullido de sus responsabilidades pasadas. Los hijos del segundo cónyuge son un recordatorio de los hijos rechazados en el primer matrimonio y representan una amenaza constante por lo que de la misma forma son rechazados. Esto abre una brecha entre la persona y su nuevo cónyuge y el conflicto necesita otra vez de una huida. En muchos casos el nuevo matrimonio cierra la puerta a alguna de las vías de escape mediante el servicio en la iglesia, así que la persona comienza a “irse al mundo”. Este pecado, añadido al previo peso de la culpa, se hace demasiado difícil de sobrellevar. Sus patrones de experimentar rechazo y rechazar a otros a veces se traducen en un rechazo creciente por sí mismo que, llevado a sus últimas consecuencias, lleva al suicidio.

La manera en la que el/la progenitor/a rechaza a sus hijos es a veces diametralmente opuesta a la manera en la que él/ella mismo/a fue rechazado/a, aunque a menudo les trata de la misma forma que le/la trataron. Por ejemplo, el que abusa de los niños es con mucha frecuencia una persona de la que abusaron previamente. Los datos corroboran que las técnicas de crianza se aprenden principalmente de los propios padres. Cuando los padres de una persona han sido manifiestamente estrictos con ella, ésta usualmente será muy rígida, pero puede que compense a sus niños siendo muy indulgente con ellos. Si los niños no tienen suficientes pautas para saber dónde se encuentran, pueden sentir fácilmente que los padres no les aman lo suficiente como para ocuparse

de dónde están y de lo que hacen. Si su seguridad no es un aspecto significativo del interés de sus padres, pueden sentirse abandonados o rechazados. Muchos adolescentes que son delincuentes disfrutaban de la libertad inicialmente pero después crecen con resentimiento hacia sus padres porque éstos no establecen límites y les disciplinan cuando los exceden. Por lo que la libertad sin control es una forma sutil o encubierta de rechazo. Lo opuesto a esto es el progenitor que tuvo padres indulgentes y se jura a sí mismo que sus hijos tendrán la supervisión apropiada. Su “supervisión” se vuelve tan estricta que el niño la interpreta como carente de amor, comprensión y compasión. Consecuentemente, experimenta rechazo. El progenitor autoritario puede crear temor en el niño en vez de seguridad. Efesios 6:4 y Colosenses 3:2 exhortan a los padres a no provocar a sus hijos a ira para que no se amarguen o se desanimen. Los padres que son demasiado exigentes y castigan a sus hijos por hostilidad en vez de por amor ponen a éstos en una posición en la que “no pueden ganar”. Eventualmente los niños se convencen de que no pueden hacer nada bien y, en consecuencia, pierden toda la motivación y se desaniman. El tipo de rechazo que se manifiesta a veces en generaciones futuras es como golpear con efecto una bola de billar— da la vuelta sobre sí misma cada vez que golpea el cerco de la mesa. Como hemos visto antes, una persona que tiene padres estrictos puede ser más indulgente con sus niños, y la persona que tuvo padres indulgentes puede ser más pesada con los suyos. Los tipos de rechazo más patentes son bastante fáciles de identificar tanto por el padre como por el hijo. El progenitor que abandona a su familia obviamente ha rechazado a sus hijos. El rechazo también es evidente cuando se le dice al niño “Ojalá nunca hubieses nacido” o “Si no hubiera habido guerra tú no estarías aquí”. Si el niño nace mucho después que sus hermanos y se le hace sentir que es un accidente o error o se le dice que sus padres querían que tuviera el sexo opuesto muy probablemente sufrirá de rechazo manifiesto. El niño que sufre retraso mental o tiene algún otro impedimento puede que sea rechazado por sus padres y por sus compañeros.

RECHAZO ENCUBIERTO

Los rechazos precedentes pueden ser reconocidos casi

por cualquier persona—los que lo efectúan, los que lo sufren y los que lo observan. La persona que sabe que ha sido rechazada generalmente entiende, al menos en un cierto grado, el porqué se comporta como lo hace con sus padres, con los demás y consigo mismo. En las formas más sutiles de rechazo, ni los padres, ni el niño ni el observador promedio se dan cuenta de que esto está ocurriendo.

El rechazo encubierto normalmente toma la forma de la sobreprotección o la sobreindulgencia. Un ejemplo de esto es el de una señora que tenía “unos maravillosos padres cristianos que la amaban tanto que hacían todo por ella”. Había nacido mucho después que el resto de su familia, por lo que era improbable que hubiera sido planeada. Mucho del “amor” que le mostraban bien podría haber sido para enmascarar los sentimientos de culpa de los padres que puede que no hubieran querido tenerla. Lo hacían todo por ella, por lo que no le permitían desarrollarse como persona. Y puesto que no era aceptada como persona, la estaban rechazando. Por tanto, los padres inconscientemente “la habían amado hasta la muerte”; de hecho la habían destruido. Como resultado, buscó el amor fuera del hogar, se quedó embarazada a mitad de la adolescencia y la obligaron a casarse prematuramente. De acuerdo a su patrón, invirtió la forma de rechazo y golpeó al bebé en la cuna cuando éste tenía un mes de edad. No podía abrazar al niño y comunicarle amor cuando éste estaba a punto de ir al colegio. Se había sometido a psicoterapia debido a severos problemas mentales y emocionales antes de probar con la Espirituterapia, pero no le habían enseñado que era un cuadro clásico de rechazo total. Esa era la razón por la que no entendía sus sentimientos de inferioridad e incapacidad.

Un caso similar fue el de un hombre que también era el más joven de su familia, al que le impidieron hacer incluso las tareas más insignificantes. El resultado fue que no desarrolló la capacidad de efectuar las tareas rutinarias de mantenimiento y estaba totalmente frustrado cuando intentaba usar herramientas para hacer trabajos de reparación o construcción. Dicha frustración se transformaba rápidamente en violenta hostilidad hacia cualquier persona o cosa que estuviera cerca

de él. Su madre continuamente le decía que le quería mientras su padre se sentaba calladamente al lado. Tenía un sentimiento de cercanía hacia su padre y un amargo resentimiento hacia su madre que nunca había verbalizado. Este “amor” que su madre expresaba le irritaba y no sabía cómo llamar al sentimiento hacia su padre. Estaba totalmente confuso en cuanto a una definición de amor que tuviera algún significado.

Este hijo no podía recibir amor porque no lo identificaba y no podía dar lo que no poseía. Por ello rechazaba a sus padres y se refugiaba en búsquedas intelectuales en las que podía sobresalir usando herramientas tan sencillas como un lápiz o una calculadora. Más aún, en su matrimonio se negaba a efectuar tareas domésticas y continuaba en su retirada, lo que obligaba a su esposa e hijos al rechazo. Su creciente hostilidad a veces se traducían en daños físicos a la propiedad y abuso verbal hacia su esposa cuando ella le expresaba su amor. Aunque nunca lo había expresado ni entendido, tenía la sensación interior de que su esposa era falsa cuando le decía “te quiero”, puesto que ésta había sido su actitud hacia las expresiones de amor de su madre. Después de la muerte de su padre hubo un doloroso vacío cuando se dio cuenta de que su sentimiento hacia su padre había sido amor no expresado. Este completo rechazo había sido tan sutil que no podía identificarlo y entender el efecto que tenía sobre su actitud hacia sí mismo y sus relaciones interpersonales.

Otro tipo sutil o encubierto de rechazo es el de retirar o no dar amor cuando el rendimiento no alcanza el nivel esperado. Y muy frecuentemente, cuando el niño lo alcanza, se eleva el nivel aún más. Rara vez puede “dar la talla”. Cuando sí lo consigue se le acepta por lo que hace—y no por lo que es, lo que significa que se acepta su actuación pero a él se le rechaza. Debería enfatizarse una vez más que el rechazo probablemente no es identificado como tal por los que lo efectúan ni éstos son conscientes de cómo su comportamiento está afectando a la persona ofendida. Incluso en muchos casos de rechazo manifiesto la persona no lo identifica como tal. A menudo el rechazo es inintencionado y la persona se siente muy culpable cuando se da cuenta del hecho de que ha

rechazado manifiesta o encubiertamente al niño—o quizás a todos los niños. Muchas veces la persona justificará este rechazo como una reacción al comportamiento revoltoso de éstos, sin darse cuenta de que están meramente representando el papel que se les ha enseñado: Tú me has rechazado, así que yo te rechazaré.

Mucho rechazo tiene lugar a consecuencia de que la confusión mental y emocional de los padres es tal que apenas pueden mantener su propia salud, y mucho menos proporcionar un ambiente estable, amoroso y aceptador para sus niños. Vez tras vez el consejero escucha que se estableció una relación más estrecha con los padres cuando los niños se hicieron adultos y comenzaron a entender que no era un rechazo personal, sino el único comportamiento que los padres podían manifestar mientras intentaban hacer frente a sus propias presiones internas y externas.

ILUSTRACIÓN DE LA SOBREPOTECCIÓN

Para muchos, es difícil entender el hecho de que sobreproteger a un niño o mimarle en exceso es rechazarle como persona. Una ilustración con un animal puede servir a veces para entender esto.

Suponga el lector que está deseoso de tener una mascota y, caminando por el bosque, se encuentra un cachorro de zorra. Es tan bonito y mimoso que decide domesticarlo y tenerlo como mascota familiar. Le lleva a casa y le da todo tipo de caprichos, como por ejemplo un corral o área de juego gigante, una bonita y espaciosa casa para zorros, una botella de agua de la que puede beber presionando con su nariz y todo aquello que el corazón de un zorro pudiera desear junto con algunas cosas que nunca hubiera sido capaz de imaginar. Le satisface ampliamente todas sus necesidades físicas. Además le dedica generosamente su tiempo y devoción para jugar y enseñarle de forma que Zorrillo crece sin falta de amor y atención. Éste probablemente piensa que es una “persona”, puesto que nunca ha visto un zorro y su corral no tiene espejos.

Tiene la mejor comida, mucho ejercicio y todo lo que necesita para su bienestar físico. Es un perfecto espécimen de zorro y probablemente podría ganar un premio en la feria local de zorros. Por las apariencias externas, no podría haber ni un solo aspecto en el que fuera deficiente.

Este “enamoramamiento” continua hasta que el zorro se desarrolla totalmente a los 18-21 meses, momento en el cual UD. se convence de que no es justo mantenerlo encerrado en un corral el resto de su vida. Aunque le rompe el corazón separarse de él, cuando cumple los 21 meses, le dice: “Bien, ya eres un adulto así que tengo que liberarte. Te he querido y he hecho todo lo que podía por ti y ahora estás listo para llevar la vida de un zorro adulto.”

Con este gran anuncio UD. le coge, le lleva al mismo lugar donde le encontró, le da un beso en la nariz, le desea la mejor de las suertes para su vida adulta y le deja en un ambiente perfectamente adecuado para las necesidades de un zorro. Ahora, veámosle a la mañana siguiente. Se despierta, se estira y mira a su alrededor buscando el tazón de carne troceada sin poder encontrarlo. Como tiene sed busca el mecanismo que presionaba con su nariz para beber, sin resultado alguno. Más tarde, ve un pequeño bicho de cuatro patas paseando, pero no sabe que esto es comida porque siempre la tenía convenientemente preparada para él sin tener que esforzarse en matarla. Conforme aumenta el hambre y se debilita, un bicho de cuatro patas más grande se aproxima, sabiendo que él (el amado Zo-rrito) es comida. Como Zorrito no aprendió los principios de la lucha o la huída, es muy probable que se convierta en comida en vez de recibirla. El depredador con el que se enfrenta se ha criado bajo las condiciones adecuadas para el desarrollo de sus habilidades innatas como miembro del reino animal. Zorrito no es contrincante para él.

El zorro no había carecido de amor, pero las circunstancias y el entorno en el cual lo recibió fueron de hecho perjudiciales. Fue amado, aceptado y vivió cómodamente como mascota pero no estaba preparado para tomar las decisiones y satisfacer las exigencias de la vida adulta. Como no le aceptaron en su papel

apropiado de zorro, fue totalmente rechazado como un zorro.
En otras palabras: ¡fue rechazado con amor!

De la misma manera, al niño al que no se le enseña a (o se le permite) ser persona y se le da el ambiente apropiado para desarrollarse, se le rechaza como persona. Crece físicamente, pero su desarrollo emocional y, quizás intelectual, se atrofia de manera que no está en absoluto preparado para asumir las responsabilidades de adulto. Sin embargo, su apariencia externa parece fenomenal; y cuando mete la pata como adolescente o adulto y exhibe un comportamiento aniñado o juvenil, se le dice “Deja de hacer eso” o “Crece y deja de actuar tan inmadura e irresponsablemente”. Puede estar tan mutilado emocionalmente que se le haga imposible funcionar en el papel de adulto.

Los que le rodean no se dan cuenta de que necesita muletas. Una persona a la que le falta una pierna obviamente las necesita y una persona con cáncer obtiene la empatía y el entendimiento de los que le son cercanos. Una persona que ha sido mutilada emocionalmente puede sufrir tanto, o más, y los que le rodean no pueden conocer su dolor o ayudarlo a llevar su carga. De hecho, están más inclinados a negar su necesidad de ayuda para crecer y madurar emocionalmente y puede que demanden de él un desempeño más allá de su capacidad. Al hacer esto le han rechazado aún más y le han forzado a confiar en sus “muletas”, que puede que para ellos sean menos aceptables que su insuficiente desempeño como persona.

El alcohol es una “muleta” muy frecuente en la cual se apoya la persona inmadura emocionalmente. Cuanto más tiempo depende de ella menos capaz se vuelve, hasta caer en el alcoholismo. Su deterioro bajo la esclavitud del alcoholismo frecuentemente concluye con el divorcio y la pérdida de la familia, lo que es un rechazo adicional.

Si no consigue la ayuda adecuada en ese momento, puede perder su trabajo y volverse a la mala vida, donde rechaza a y es rechazado por la sociedad. Una vez ahí, se suicida gradualmente con la botella. Algunos que son más valientes pueden acabar sus vidas repentinamente para evitar alargar la situación.

Los que han tenido la buena suerte de crecer en un ambiente donde pudieron madurar emocional e intelectualmente se mantienen apartados y hablan acerca de una persona “tan inmadura e irresponsable”. Lamentan el hecho de que decida desperdiciar su vida de tal manera pese a que tiene una gran personalidad y le gusta a todo el mundo. También tiene buena educación y todo a su favor. ¿Por qué no progresa y se aprovecha de sus múltiples oportunidades?

Esta historia podría contarse en varias dimensiones de todos los tipos de vida pero los puntos más sobresalientes continúan repitiéndose en vidas y familias por todo el mundo. Más de un hombre que ha sido sobreprotegido y por tanto rechazado durante su desarrollo se casa y su mujer asume el papel dominante, continuando así el rechazo. Primero su madre (y/o padre) no le dejaban desarrollarse; después su mujer toma el relevo donde su madre lo dejó, no siendo normalmente consciente de lo que está haciendo. Conforme pasan los años, él continúa evitando afrontar los resultados de su comportamiento con la “ayuda” de su esposa, hasta que se presenta una situación en la que ella no es capaz de echarle un cable. En ese momento, se queda sólo (rechazado) para llevar un rumbo para el que no está preparado y cuando cae al suelo de bruces, aquellos que han sido instrumentos para destruirle como persona son muy a menudo los primeros en humillarle por su fracaso.

Y para colmo de males, siempre hay alguien que quiere quitarle sus muletas antes de haber madurado internamente hasta el punto de poder “andar solo”. ¡Cuándo a una persona se le quitan las muletas antes de que su pierna esté sana, lo más probable es que se caiga de bruces! Esto también es verdad si la mutilación es emocional. La persona necesita aprender que hay Uno dentro, o que puede venir adentro—el Señor Jesucristo—de quién puede depender y en quién puede apoyarse que hace innecesarias las muletas. Cristo ha venido a ser su vida de manera que siempre tendrá su apoyo y aceptación y nunca le rechazará (Hebreos 13:5,6)

El niño cuyo/s progenitor/es ha/n muerto puede

percibir la muerte de éste/os como rechazo. A menos que el progenitor cometiera suicidio, no tenía capacidad de decisión sobre el asunto, pero no está presente para mostrar su amor al niño. Si la madre del muchacho muere y le deja solo, puede que se le haga muy difícil confiar alguna vez en las mujeres. Fue tan doloroso perder a su madre que puede que, consciente o inconscientemente, jure: ¡Nunca dejaré que ninguna otra mujer se acerque tanto a mí! A menos que su mujer entienda esto, puede que nunca entienda su comportamiento hacia ella y, quizás, hacia los niños.

Una señora tenía una hijastra de 17 años que todavía no había perdonado a su madre por morir cuando tenía 13. Los niños involucrados en un divorcio son muy propensos a sufrir rechazo. Puede que se hayan relacionado más estrechamente con el progenitor que fue expulsado del hogar, y ese progenitor podría ser todavía el más capaz de comunicar amor a los niños. Sin embargo, cuando el progenitor no está presente en la casa para demostrar amor y afecto, los niños pueden percibirlo como rechazo.